

EL OCCIDENTE: UNICO, NO UNIVERSAL

Samuel P. Huntington
Revista Metapolítica
México, 1991, pp 10-25

Resumen

Al igual que en su polémico ensayo "The Clash of Civilizations", que da título a nuestro dossier, Huntington encara nuevamente en el que aquí publicamos el tema de los conflictos y las identidades culturales en nuestro fin de siglo. De hecho, el presente ensayo es continuación de algunas ideas esbozadas en aquél, aunque ofrece nuevas reflexiones que con toda seguridad serán igualmente polémicas. En particular, el politólogo de Harvard hace una defensa de Occidente y propone una estrategia para que esta parte del mundo conserve su liderazgo mundial. La propuesta de Huntington, en la que sale a relucir su clara veta conservadora, consiste en que Europa y Estados Unidos estrechen más firmemente sus lazos a fin de garantizar su influencia sobre todo política. Ello supone, entre otras cosas, controlar la inmigración desde las sociedades no occidentales y reforzar y depurar la alianza del Atlántico Norte. Obviamente, en este esquema, América Latina sigue siendo una zona de influencia occidentalizada pero no Occidental.

LA MODERNIDAD NO ES SUFICIENTE

En los años recientes, los occidentales se han autoafirmado y han irritado a los demás fomentando la idea de que la cultura de Occidente es y debe ser la cultura del mundo. Esta presunción toma dos formas. Una es la tesis de la "Coca-colonización". Sus defensores sostienen que la cultura popular de Occidente, y más específicamente de Estados Unidos, está desarrollando al mundo: comida norteamericana, ropa, música pop, filmes y artículos de consumo son adoptados cada vez más entusiastamente por la gente de todos los continentes. La otra tesis tiene que ver con la modernización. Sostiene no sólo que el Occidente ha conducido al mundo hacia la sociedad moderna, sino que al tiempo que los pueblos en otras civilizaciones se modernizan también se occidentalizan, abandonando sus valores, instituciones y costumbres tradicionales y adoptando los que prevalecen en el Occidente. Ambas tesis proyectan la imagen de un mundo occidental emergente universalmente homogéneo --y ambas son en diferente magnitud erróneas, arrogantes, falsas y peligrosas.

Los defensores de la tesis de la Coca-colonización identifican la cultura con el consumo de bienes materiales. El corazón de una cultura, sin embargo, involucra lenguaje, religión, valores, tradiciones y costumbres. Beber Coca-Cola no hace que los rusos piensen como estadounidenses de la misma manera que comer *sushi* no hace que los estadounidenses piensen como japoneses. A lo largo de la historia humana, modas y bienes materiales se han difundido de una sociedad a otra sin alterar de manera significativa las bases culturales de la sociedad receptora. El entusiasmo por varios aspectos de las culturas china, hindú y otras han desempolvado periódicamente al mundo occidental, sin que eso signifique un

vuelco. El argumento según el cual la difusión de la cultura pop y de los bienes de consumo alrededor del mundo representan el triunfo de la civilización occidental desprecia la fuerza de otras culturas al tiempo que se trivializa la cultura occidental identificándola con alimentos engordantes, pantalones a la moda y bebidas gaseosas. La esencia de la cultura occidental es la Carta Magna, no la *Magna Mac*.

El argumento de la modernización es intelectualmente más serio que la tesis de la Coca-colonización, pero igualmente erróneo. La tremenda expansión del conocimiento científico e ingenieril que tuvo lugar en el siglo XIX permitió a los seres humanos controlar y modelar su medio ambiente en formas sin precedente. La modernización implica industrialización; urbanización; altos niveles de alfabetismo, educación, salud y movilización social; y estructuras ocupacionales más complejas y diversas. Es un proceso revolucionario comparable al paso de las sociedades primitivas a las civilizadas que comenzó en los valles del Tigris y el Eufrates, el Nilo y los hindúes alrededor de 5000 años A.C. Las actitudes, valores, conocimiento y cultura de la gente en una sociedad moderna difieren ampliamente de los de una sociedad tradicional. Como la primera civilización en modernizarse, el Occidente es el primero en haber adquirido completamente la cultura de la modernidad. En la medida que otras sociedades adopten patrones similares de educación, trabajo, salud y estructura de clases --el argumento de la modernización continúa--, esta cultura occidental se volverá la cultura universal del mundo.

Que haya diferencias significativas entre culturas modernas y tradicionales está fuera de discusión. Un mundo en el cual algunas sociedades son altamente modernas y otras continúan siendo tradicionales será obviamente menos homogéneo que un mundo en el que todas las sociedades sean comparablemente modernas. De esto no necesariamente se sigue, sin embargo, que las sociedades con culturas modernas deberían ser más parecidas que las sociedades con culturas tradicionales. Hace tan sólo cien años todas las sociedades eran tradicionales. ¿Era ese mundo algo menos homogéneo que lo que presumiblemente será un mundo futuro de modernidad universal? Probablemente no. "La China Ming... estaba seguramente más cerca de la Francia de Valois --observa Fernand Braudel-- que la China de Mao-Tse-tung de la Francia de la Quinta República. Las sociedades modernas tienen mucho en común, pero no necesariamente se fusionan en la homogeneidad. El argumento que hacen descansa en la asunción de que la sociedad moderna debe aproximarse a un sólo tipo, el tipo occidental; que la civilización moderna es civilización occidental, y que la civilización occidental es civilización moderna. Esto, sin embargo, es una identificación falsa. Prácticamente todos los estudiosos de la civilización coinciden en que la civilización occidental surgió en los siglos VIII y IX y que desarrolló sus características distintivas en los siglos que siguieron. No comenzó a modernizarse hasta el siglo XVIII. En síntesis, el Occidente fue occidental mucho antes de que fuera moderno.

¿QUÉ HACE OCCIDENTAL A OCCIDENTE?

¿Cuáles fueron las características distintivas de la civilización occidental durante los cientos de años antes de que se modernizara? Los muchos académicos que han contestado a esta interrogante difieren en algunos puntos pero coinciden en un número de instituciones, prácticas y creencias que pueden ser legítimamente identificadas como el corazón de la civilización occidental. A saber:

La herencia clásica. Como una civilización de tercera generación, el Occidente heredó mucho de las civilizaciones tempranas, incluyendo más notablemente a la civilización clásica. Los legados clásicos en la civilización occidental son muchos, e incluyen la filosofía y el racionalismo griego, el derecho romano, el latín y el cristianismo. Las civilizaciones islámicas y ortodoxas también heredaron de la civilización clásica, pero de ninguna manera en el mismo grado que Occidente.

El cristianismo occidental. El cristianismo occidental, el catolicismo primero y el protestantismo después, es la característica histórica más importante de la civilización occidental. Más aún, durante la mayor parte de su primer milenio, lo que ahora se conoce como civilización occidental se llamaba cristianismo occidental. Había entre los cristianos occidentales un sentido bien desarrollado de comunidad, un sentido que los hacía sentirse distintos de los turcos, los moros, los bizantinos y otros. Cuando los occidentales salieron a conquistar el mundo en el siglo XVI, lo hicieron tanto por Dios como por el oro. La Reforma y la Contrarreforma y la división del cristianismo occidental en protestantismo y catolicismo --y las consecuencias políticas e intelectuales de esta figura-- son también características distintivas de la historia occidental, totalmente ausentes de la ortodoxia oriental y removida de la experiencia latinoamericana.

Las lenguas europeas. El lenguaje se encuentra sólo después de la religión como el factor que distingue a la gente de una cultura de la de otra. El Occidente difiere de la mayoría de las otras civilizaciones en su multiplicidad de lenguas. El japonés, el hindú, el mandarín, el ruso e incluso el árabe son reconocidas como las lenguas centrales de otras civilizaciones. El Occidente heredó el latín, pero una variedad de naciones emergieron aquí, y con ellas se desarrollaron lenguas nacionales diseminadas en las categorías más amplias de lenguas romances y germánicas. En el siglo XVI estas lenguas ya habían asumido por lo general sus formas contemporáneas. El latín dio paso al francés como una lengua internacional común para el Occidente y en el siglo XX el francés sucumbió al inglés.

La separación de autoridad espiritual y autoridad temporal. A lo largo de la historia occidental, primero la Iglesia y después muchas iglesias existieron separadas del Estado. Dios y el César, Iglesia y Estado, autoridad espiritual y autoridad temporal, habían sido un dualismo prevaleciente en la cultura occidental. Sólo en la civilización hindú la religión y la política estuvieron claramente separadas. En el Islam, Dios es el César; en China y Japón, el César es Dios; en la ortodoxia, Dios es el socio menor del César. La separación entre Iglesia y Estado que caracteriza a la civilización occidental no tuvo lugar en ninguna otra civilización. Esta división de autoridad contribuyó enormemente al desarrollo de la libertad en el Occidente.

El gobierno de la ley. El concepto de la centralidad de la ley para la existencia civilizada fue heredado de los romanos. Los pensadores medievales elaboraron la idea del derecho natural, de acuerdo a la cual los monarcas ejercerían su poder, y una tradición legal común desarrollada en Inglaterra. Durante la fase del absolutismo en los siglos XVI y XVII, el gobierno de la ley fue observado más en la violación que en la práctica, pero la idea de subordinar el poder humano a una constricción externa persistió: *Non sub homine sed sub Deo et lege*. La tradición del gobierno de la ley estableció las bases del constitucionalismo y la protección de los derechos humanos, incluyendo los derechos de propiedad en contra

del ejercicio del poder arbitrario. En otras civilizaciones la ley ha sido un factor mucho menos importante en la formación del pensamiento y la conducta.

El pluralismo social y la sociedad civil. Históricamente, la sociedad occidental ha sido altamente pluralista. Lo que ha sido distintivo para el Occidente, como señala Carl Deutsch, "es el auge y persistencia de diversos grupos autónomos no basados en relaciones de sangre o matrimoniales". Surgidos en los siglos XVI y XVII, estos grupos incluían inicialmente monasterios. Órdenes monásticas y cofradías, pero después se expandieron a muchas áreas de Europa para incluir una variedad de asociaciones y sociedades. Por más de un milenio, el Occidente ha tenido una sociedad civil que se distingue de otras civilizaciones. El pluralismo asociacional fue sustituido por el pluralismo de clase. La mayoría de las sociedades europeas occidentales incluyeron una aristocracia relativamente fuerte y autónoma, un vasto campesinado y una clase pequeña pero significativa de comerciantes y mercaderes. La fuerza de la aristocracia feudal fue particularmente importante para limitar la habilidad del absolutismo de enraizarse en la mayoría de las naciones europeas. Este pluralismo europeo contrasta marcadamente con la pobreza de la sociedad civil, la debilidad de la aristocracia y la fuerza de los imperios burocráticos centralizados que existieron durante períodos similares en Rusia, China, las tierras otomanas y en otras sociedades no occidentales.

Los cuerpos representativos. El pluralismo social dio origen tempranamente a estamentos, parlamentos y otras instituciones que representaron los intereses de la aristocracia, el clero, los comerciantes y otros grupos. Estos cuerpos proporcionaron formas de representación que en el curso de la modernización evolucionaron en las instituciones de la democracia moderna. En algunos casos, durante la era del absolutismo, fueron abolidos o fuertemente limitados en sus poderes. Pero incluso cuando eso sucedió, pudieron resurgir, como en Francia, como un vehículo para la expansión de la participación política. Ninguna otra civilización actual tiene una herencia comparable de cuerpos representativos desarrollados en un milenio. Movimientos para el autogobierno también se desarrollaron en el nivel local, comenzando en el siglo IX en las ciudades de Italia y expandiéndose después hacia el norte, arrebatándoles el poder a los obispos y nobles y finalmente, en el siglo XIII, conduciendo a confederaciones de "ciudades fuertes e independientes" como la Liga Hanseática. La representación en el nivel nacional fue así sustituida por una medida de autonomía en el nivel local no vista en otras regiones del mundo.

El individualismo. Muchas de las características anteriores de la civilización occidental contribuyeron a la emergencia de un sentido de individualismo y una tradición de derechos individuales y libertades únicas entre las sociedades civilizadas. El individualismo desarrollado en los siglos XIV y XV y la aceptación del derecho a la elección individual, que según Deutsch constituye "la revolución de Romeo y Julieta", prevaleció en el Occidente durante el siglo XVII. Incluso demandas por derechos iguales para todos --"el más pobre en Inglaterra tiene una vida para vivir tanto como el más rico"-- fueron articuladas aunque no universalmente aceptadas. El individualismo permanece como una característica distintiva del Occidente en las civilizaciones del siglo XX. En un análisis que incluía grupos de población similares de 50 países, los 20 países que registraron el mayor índice de individualismo incluyeron 19 de los 20 países de Occidente considerados. Otra muestra transcultural de individualismo y colectivismo subrayó igualmente el dominio del

individualismo en el Occidente comparado con la primacía del colectivismo en otras partes, concluyendo que "los valores que son más importantes en el Occidente son menos importantes mundialmente." Una y otra vez tanto los occidentales como los no occidentales señalan al individualismo como la marca distintiva central del Occidente.

La lista anterior no es una enumeración exhaustiva de las características distintivas de la civilización occidental. Tampoco pretende implicar que esas características estuvieron siempre y en todo lugar presentes en la sociedad occidental. Obviamente no lo fueron: muchos de los déspotas en la historia occidental ignoraron regularmente el gobierno de la ley y suspendieron los cuerpos representativos. Tampoco pretende sugerir que ninguna de estas características haya aparecido en otras civilizaciones. Obviamente sí: el Corán y la *sharia* constituyen la ley básica para las sociedades islámicas; Japón y la India tuvieron sistemas de clases paralelamente a las de Occidente (y quizá como consecuencia de ello son las únicas dos sociedades mayores no occidentales que mantienen gobiernos democráticos por más tiempo). Individualmente, casi ninguno de estos factores es único en el Occidente. Pero la combinación de ellos es y ha dado a Occidente su cualidad distintiva. Estos conceptos, prácticas e instituciones han sido por mucho más prevalecientes en el Occidente que en otras civilizaciones. Forman el corazón de la continuidad esencial de la civilización occidental. Son lo que es occidental, pero no moderno, para el Occidente.

También generaron el compromiso de la libertad individual que ahora distingue al Occidente de otras civilizaciones. Europa es, como ha dicho Arthur M. Schlesinger Jr., "la fuente --la *unique* fuente" de las "ideas de libertad individual, democracia política, el gobierno de la ley, derechos humanos y libertad cultural... Estas son ideas *européas*, no asiáticas ni africanas o del Medio Oriente, excepto por adopción..." Estos conceptos y características son también en buena medida los factores que permitieron que el Occidente tomara la dirección de su modernización y la del mundo. Hacen única a la civilización occidental, y la civilización occidental es preciosa no porque es universal sino porque es única.

¿PUEDEN LOS DEMÁS COPIAR A OCCIDENTE?

¿Para modernizarse deben las sociedades no occidentales abandonar sus propias culturas y adoptar los elementos centrales de la cultura occidental? De tiempo en tiempo los líderes de tales sociedades lo han considerado necesario. Pedro el Grande y Mustafa Kemal Atatürk estaban decididos a modernizar sus países y convencidos de que hacerlo significaba adoptar la cultura occidental, incluso al grado de reemplazar el gorro tradicional con su equivalente occidental. En el proceso, crearon países "desgarrados", inseguros de su identidad cultural. Tampoco las importaciones culturales del Occidente los ayudaron significativamente en su búsqueda de modernización. A menudo, los líderes de las sociedades no occidentales han perseguido la modernización y rechazado la occidentalización. Su objetivo está resumido en las frases *ti-yong* (enseñanza china de los principios fundamentales, enseñanza occidental para el uso práctico) y *woken, yosei* (espíritu japonés, técnica occidental), articulados por los reformistas chinos y japoneses de hace un siglo, y en Arabia Saudita, el príncipe Bandar bin Sultan comenta en 1994 que "las `importaciones externas' son bonitas como las `cosas' brillantes o de alta tecnología. Pero las instituciones políticas y sociales intangibles importadas de otra parte pueden ser fatales --y si no pregunten al Shah de Irán...

El Islam es para nosotros no sólo una religión sino un modo de vida. Nosotros los sauditas queremos modernizarnos pero no necesariamente occidentalizarnos." Japón, Singapur, Taiwan, Arabia Saudita y, en menor medida, Irán han llegado a ser sociedades modernas sin llegar a ser sociedades occidentales. China se está claramente modernizando, pero ciertamente no occidentalizando.

Siempre ha habido interacción y asimilación entre civilizaciones, y con los medios modernos de transporte y comunicación, son mucho más extensas. La mayoría de las grandes civilizaciones del mundo, sin embargo, han existido por al menos un milenio y en algunos casos por más. Estas civilizaciones tienen un registro demostrado de asimilación de otras civilizaciones en formas que incrementan sus propias oportunidades de sobrevivencia. La absorción china del budismo de la India, coinciden los estudiosos, fracasó en producir la "indianización" de China. En su lugar, provocó la cinicización del budismo. Los chinos adaptaron el budismo a sus propósitos y necesidades. Los chinos hasta la fecha han derrotado consistentemente los intensos esfuerzos occidentales de cristianizarlos. Si en algún momento importan el cristianismo es más que probable que será absorbido y adaptado de tal manera que fortalezca la continuidad esencial de la cultura china.

Similarmente, en los siglos pasados los árabes musulmanes recibieron, valoraron y usaron su "herencia helénica por razones esencialmente utilitarias. Estando principalmente interesados en asimilar ciertas formas externas o aspectos técnicos, supieron como ignorar todos los elementos en el cuerpo del pensamiento griego que los pusieran en conflicto con `la verdad' tal y como estaba establecida en sus normas y preceptos coránicos fundamentales." Japón siguió el mismo patrón. En el siglo VII Japón importó la cultura china e hizo la "transformación por su propia iniciativa, libre de presiones económicas y militares", a una civilización superior. "Durante los siglos que siguieron, períodos de relativo aislamiento de las influencias continentales, durante los cuales asimilaciones previas fueron rechazadas y las útiles refrendadas, alternarían con períodos de renovado contacto y asimilación cultural". De modo similar, Japón y otras sociedades no occidentales están absorbiendo actualmente elementos particulares de la cultura occidental y usándolos para fortalecer su propia identidad cultural. Sería, como Braudel argumenta, casi "pueril" pensar que el "triunfo de la civilización en singular" conduciría al fin de la pluralidad de las culturas encarnadas durante siglos en las grandes civilizaciones del mundo.

LA REACCION CULTURAL

La modernización y el desarrollo económico no requieren ni producen la occidentalización cultural. Por el contrario, promueven un resurgimiento de, y un renovado compromiso con, las culturas indígenas. En el nivel individual, el movimiento de gente a ciudades, conjuntos sociales y ocupaciones desconocidos rompen sus lazos locales tradicionales, generan sentimientos de alienación y anomía y crean crisis de identidad para las cuales la religión frecuentemente provee una respuesta. En el nivel social, la modernización hereda la salud económica y el poder militar del país como un todo y anima a la gente a confiar en su herencia y a volverse culturalmente segura. Como resultado de ello, muchas sociedades no occidentales han visto un retorno a las culturas indígenas. Éstas a menudo adoptan una forma religiosa, y el resurgimiento global de la religión es una consecuencia directa de la modernización. En las sociedades no occidentales este resurgimiento asume casi

necesariamente una apariencia antioccidental, en algunos casos rechazando la cultura occidental porque es cristiana y subversiva, en otros porque es secular y degenerada. El regreso a lo indígena es más marcado en las sociedades musulmanas y asiáticas. El resurgimiento islámico se ha manifestado en todos los países musulmanes; en casi todos ha llegado a ser un gran movimiento social, cultural e intelectual, y en la mayoría ha tenido un profundo impacto en la política. En 1996, virtualmente cada país musulmán, a excepción de Irán, era más islámico y más islamista en su actitud, prácticas e instituciones de lo que lo era 15 años antes. En los países donde las fuerzas políticas islamistas no determinan al gobierno, éstas invariablemente dominan y a menudo monopolizan la oposición al gobierno. En todo el mundo musulmán la gente está reaccionando contra la "occintoxicación" de sus sociedades.

Las sociedades del Oriente Asiático han llevado a cabo un redescubrimiento paralelo de los valores indígenas y han generado comparaciones cada vez más disparejas entre su cultura y la cultura occidental. Por muchos siglos, junto con otros pueblos no occidentales, envidiaron la prosperidad económica, la sofisticación tecnológica, el poder militar y la cohesión política de las sociedades occidentales. Buscaron el secreto de este éxito en las prácticas y costumbres occidentales, y cuando identificaron lo que pensaban podría ser la clave, intentaron aplicarla en sus propias sociedades. Ahora, sin embargo, ha ocurrido un cambio fundamental. En la actualidad, los asiáticos atribuyen su dramático desarrollo económico no a su importación de la cultura occidental sino a la adhesión a su propia cultura. Tuvieron éxito, argumentan, no porque se volvieron como Occidente, sino porque han permanecido diferentes a él. De manera algo similar, cuando las sociedades no occidentales se sienten débiles en relación a Occidente, muchos de sus líderes invocan valores occidentales de autodeterminación, liberalismo, democracia y libertad para justificar su oposición a la dominación global de Occidente. Ahora que ya no son débiles sino cada vez más poderosos, denuncian como "imperialismo de los derechos humanos" a los mismos valores que invocaron previamente para promover sus intereses. En la misma medida en que el poder occidental disminuye, así también el llamado a los valores y la cultura occidentales, y el Occidente enfrenta la necesidad de adaptarse a su decreciente habilidad para imponer sus valores en las sociedades no occidentales. De maneras fundamentales, la mayor parte del mundo se está volviendo más moderna y menos occidental.

Una manifestación de esta tendencia es lo que Ronald Dore ha llamado la "segunda generación del fenómeno de indigenización". Tanto en las antiguas colonias occidentales como en países no occidentales ininterrumpidamente independientes, "la primera generación modernizadora o posindependiente ha recibido a menudo su formación en universidades extranjeras (occidentales) en un idioma cosmopolita occidental. En parte, porque van primero al extranjero como adolescentes impresionables, su absorción de valores y estilos de vida occidentales bien puede ser profunda". En contraste, la mayoría de los miembros de la segunda generación, mucho más amplia, recibe su educación en casa, en universidades que la primera generación estableció, donde el idioma local, más que su reemplazo colonial, es usado para la instrucción. Estas universidades "proveen un contacto mucho más diluido con la cultura mundial metropolitana" y "el conocimiento es indigenizado por medio de traducciones --usualmente de alcance limitado y de pobre calidad". Los graduados de estas universidades resienten el dominio de la generación

anterior educada en Occidente y así a menudo "sucumben a los llamado de movimientos de oposición nativos". En la medida en que la influencia occidental disminuye, los jóvenes y los líderes ambiciosos no pueden ver al Occidente para proveerse de poder y riqueza. Tienen que encontrar los medios de éxito dentro de su propia sociedad y adaptarse así a los valores y a la cultura de esa sociedad.

La indigenización es promovida por la paradoja de la democracia: cuando las sociedades no occidentales adoptan elecciones de tipo occidental, la democracia impulsa y lleva con frecuencia al poder a los movimientos políticos nativos y anti-occidentales. En los años sesenta y setenta los gobiernos occidentalizados y pro-occidentales en países en desarrollo estuvieron amenazados por golpes de Estado y revoluciones; en los ochenta y noventa han estado cada vez más en peligro de ser expulsados en elecciones. La democracia tiende a hacer a una sociedad más parroquial, no más cosmopolita. Los políticos en sociedades no occidentales no ganan elecciones demostrando qué tan occidentales son. La competencia electoral los estimula a adoptar lo que ellos creen serán los reclamos más populares, los cuales son usualmente de carácter étnico, nacionalista y religioso. El resultado es la movilización popular contra las élites occidentalmente orientadas y el Occidente en general. Este proceso, que comenzó en Sri Lanka en los años cincuenta, se ha extendido de país en país en Asia, África y el Medio Oriente y es manifiesto en las victorias de partidos religiosamente orientados en India, Turquía, Bosnia e Israel en las elecciones en 1995 y 1996. La democratización es entonces contraria a la occidentalización.

Las poderosas corrientes de indigenización en marcha en el mundo hacen una burla de las expectativas occidentales según las cuales la cultura occidental se volverá la cultura mundial. Los dos elementos centrales de cualquier cultura son el idioma y la religión. El inglés, suele afirmarse, se está volviendo el idioma mundial. Se ha vuelto claramente la lengua franca para la comunicación en negocios multinacionales, la diplomacia, las instituciones internacionales, el turismo y la aviación. Este uso del inglés para la comunicación intercultural, sin embargo, presupone la existencia de diferentes culturas; como la traducción y la interpretación, es una manera de copiar esas diferencias no eliminándolas. En efecto, la proporción de la población del mundo que habla inglés es pequeña y decreciente. De acuerdo a los datos más confiables, compilados por Sidney S. Culbert, un profesor de la Universidad de Washington, en 1958 difícilmente el 9.8 por ciento de los seres humanos hablaba inglés como primera o segunda lengua; en 1992, 7.6 por ciento lo hacía. Una lengua extranjera para el 92 por ciento de la población mundial no es el idioma del mundo. De manera similar, en 1958, el 24 por ciento de los humanos hablaba uno de los cinco principales idiomas occidentales; en 1992, menos del 21 por ciento lo hacía. Algo semejante se puede decir de la religión. Los cristianos occidentales alcanzan ahora quizá el 30 por ciento de la población mundial, pero la proporción está disminuyendo constantemente, y en algún momento de la próxima década, el número de musulmanes excederá el número de cristianos. Con respecto a los dos elementos centrales de la cultura, el idioma y la religión, el Occidente está en retirada. Como Michael Howard ha observado, "la asunción occidental común de que la diversidad cultural es una curiosidad histórica, que está siendo rápidamente erosionada por el crecimiento de una cultura mundial angloparlante común, occidentalmente orientada, y que está modelando nuestros valores básicos... simplemente no es verdad".

En la medida en que la indigenización se extiende y el llamado a la cultura occidental se desvanece, el problema central en las relaciones entre el Occidente y el resto es la brecha entre los esfuerzos occidentales, particularmente de Estados Unidos, para promover la cultura occidental como la cultura universal y su decreciente habilidad para hacerlo. El colapso del comunismo exacerbó esta disparidad reforzando la opinión en el Occidente de que su ideología liberal democrática había triunfado globalmente y por lo tanto era universalmente válida. El Occidente --y especialmente Estados Unidos, que ha sido siempre una nación misionera-- cree que los pueblos no occidentales deberían comprometerse con los valores occidentales de la democracia, el libre mercado, el gobierno limitado, la separación Iglesia-Estado, los derechos humanos, el individualismo, y el imperio de la ley, y deberían incorporar estos valores en sus instituciones. Las minorías en otras civilizaciones abrazan y promueven estos valores, pero las actitudes dominantes hacia ellos en las culturas no occidentales van del escepticismo a la intensa oposición. Lo que es universalismo para el Occidente es imperialismo para los demás.

Los no occidentales no dudan en señalar las brechas entre el principio occidental y la práctica occidental. La hipocresía y el doble discurso son el precio de las pretensiones universalistas. La democracia es promovida, pero no si lleva a los fundamentalistas islámicos al poder; la no proliferación de armas es predicada para Irán e Irak, pero no para Israel; el libre tratado es el elixir del crecimiento económico, pero no para la agricultura; los derechos humanos se discuten con China, pero no con Arabia Saudita; la agresión en contra de las propiedades petroleras kuwatis es rechazada con la fuerza, pero no así la agresión contra los pequeños productores petroleros bosnios.

La creencia de que los pueblos no occidentales deberían adoptar los valores, las instituciones y la cultura occidentales es, si se toma seriamente, inmoral en sus implicaciones. El alcance casi universal del poder europeo a finales del siglo XIX y el dominio global de Estados Unidos en la última mitad del siglo XX difunde muchos aspectos de la civilización occidental alrededor del mundo. Pero el globalismo europeo no es tal, y la hegemonía norteamericana está disminuyendo, solamente porque ya no es necesario proteger a Estados Unidos contra una amenaza de guerra fría soviética. La cultura sigue al poder. Si las sociedades no occidentales serán una vez más modeladas por la cultura occidental, esto sólo ocurrirá como un producto de la expansión y el desarrollo del poder occidental. El imperialismo es la consecuencia lógica y necesaria del universalismo, aunque pocos defensores del universalismo apoyan la militarización y la coerción brutal que sería necesaria para alcanzar su objetivo. Más aún, como una civilización madura, el Occidente ya no tiene el dinamismo económico o demográfico requerido para imponer su voluntad sobre las otras sociedades. Cualquier esfuerzo para hacerlo también va en contra de los valores occidentales de autodeterminación y democracia. Este marzo, el primer ministro Mahathir de Malasia dijo a los líderes de los gobiernos europeos reunidos: "Los valores europeos son valores europeos; los valores asiáticos son valores universales". A medida que las civilizaciones asiáticas y musulmanas comienzan a afirmar la relevancia universal de sus culturas, los occidentales llegarán a apreciar la conexión entre universalismo e imperialismo y a ver las virtudes de un mundo pluralista.

APUNTALANDO AL OCCIDENTE

El tiempo ha llegado para Occidente de abandonar la ilusión de universalidad y de promover la fuerza, la coherencia y la vitalidad de su civilización en un mundo de civilizaciones. Los intereses de Occidente no se establecen por la intervención promiscua en las disputas de otros pueblos. En la era que se está perfilando, la responsabilidad principal de contener y resolver conflictos regionales debe quedar en los estados dirigentes de las civilizaciones dominantes en esas regiones. "Toda política es política local", observó Thomas P. "Tip" O'Neill, el primer vocero de la Casa Blanca, y el corolario a esa verdad es "todo poder es poder local". Ni las Naciones Unidas ni Estados Unidos pueden imponer sobre conflictos locales soluciones de larga duración alejadas de las realidades del poder local. Como cualquier conocedor de crímenes sabe, las leyes y el orden locales están mejor asegurados por un policía haciendo la ronda que por la aparición potencial en el horizonte de un pelotón de la policía motorizada. En un mundo multipolar y multicivilizatorio, la responsabilidad de Occidente es asegurar sus propios intereses, no promover los de otros pueblos ni intentar arreglar conflictos entre otros pueblos cuando esos conflictos son de poca o ninguna consecuencia para Occidente.

El futuro de Occidente depende en gran medida de la unidad de Occidente. Los estudiosos de las civilizaciones ven evolucionar a éstas a través de tiempos difíciles y de un período de estados de guerra, dirigiéndose eventualmente a un Estado universal para la civilización que puede ser incluso una fuente de renovación o un preludio de decadencia y desintegración. La civilización occidental se ha movido más allá de su fase de estados de guerra y se dirige hacia su fase de Estado universal. Esta fase está aún incompleta, con los estados-nación de Occidente enlazados por dos estados semiuniversales en Europa y América del Norte. Estas dos entidades y sus unidades constitutivas están, sin embargo, unidas por una red extraordinariamente compleja de vínculos institucionales formales e informales. Los estados universales de las civilizaciones anteriores fueron imperios. Desde que la democracia es la forma política de la civilización occidental, el Estado universal emergente de la civilización occidental no es un imperio sino más bien un componente de federaciones, confederaciones y regímenes internacionales.

El problema para Occidente, en esta situación, es mantener su dinamismo y promover su coherencia. La unidad occidental depende más de los sucesos en Estados Unidos que de los de Europa. En la actualidad, Estados Unidos es atraído en tres direcciones. Es atraído hacia el sur por la continua inmigración de latinoamericanos y el creciente tamaño y poder de su población hispana; por la incorporación de México en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y la posibilidad de extenderlo a otros países del hemisferio occidental; y por los cambios políticos, económicos y culturales en América Latina que la asemejan a Estados Unidos. Al mismo tiempo, Estados Unidos es atraído hacia el oeste por la creciente riqueza e influencia de las sociedades del Oriente Asiático; por los esfuerzos en marcha para desarrollar una comunidad del Pacífico, epitomizada en el foro de Cooperación Económica del Pacífico Asiático; y por la migración desde las sociedades asiáticas. Si la democracia, los libres mercados, la sociedad civil, el individualismo y el protestantismo echan raíces en América Latina, ese subcontinente, cuya cultura ha estado siempre estrechamente relacionada a la de Occidente, se mezclará con el Occidente y se volverá el tercer pilar de la civilización occidental. Esta convergencia no es posible con las sociedades asiáticas. Asia está, en cambio, poniendo continuamente desafíos económicos y políticos a Estados Unidos, específicamente, y a Occidente, más en general. La tercera atracción, hacia

Europa, es la más importante. Valores, instituciones, historia y cultura compartidos dictan la permanente y estrecha asociación de Estados Unidos y Europa. Ambas necesarias y deseables en el desarrollo futuro de lazos institucionales a través del Atlántico, incluyendo la negociación del Tratado de libre comercio europeo-estadounidense y la creación de una organización económica del Atlántico Norte como contraparte a la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte). Las principales diferencias actuales entre Europa y Estados Unidos no se derivan de conflictos directos de intereses entre sí, sino de sus políticas hacia terceros. Entre otras cuestiones, está la provisión de apoyo a una Bosnia dominada por los musulmanes, la prioridad de las necesidades de seguridad israelí en la política de Medio Oriente, los esfuerzos de Estados Unidos por penalizar a las compañías extranjeras que hacen negocios con Irán y Cuba, el mantenimiento de plenas sanciones económicas contra Irak y la parte que los derechos humanos y el asunto de la proliferación de armas debería jugar con respecto a China. Los poderes no occidentales, especialmente China, han intentado activamente explotar estas diferencias y enfrentar a un país occidental contra otro. Las propias diferencias derivan en gran parte de perspectivas geopolíticas diversas e intereses económicos y políticos domésticos. Mantener la unidad del Occidente, sin embargo, es esencial para desacelerar el declive de la influencia occidental en los asuntos mundiales. Los pueblos occidentales tienen mucho más en común entre sí que con los pueblos de Asia, Medio Oriente o África. Los líderes de los países occidentales han institucionalizado patrones de confianza y cooperación entre sí que, con raras excepciones, no tienen con los líderes de otras sociedades. Unido, el Occidente seguirá siendo una presencia formidable en la escena internacional; dividido, será presa de los esfuerzos de los estados no occidentales de explotar sus diferencias internas ofreciendo ganancias a corto plazo a algunos países occidentales al precio de pérdidas a largo plazo para todos los países occidentales. Los pueblos de Occidente, en una frase de Benjamin Franklin, deben ahorcarse juntos, o muy probablemente lo harán separadamente.

Promover la coherencia del Occidente significa tanto preservar la cultura occidental dentro de Occidente como definir sus límites. Lo anterior requiere, entre otras cosas, controlar la inmigración desde las sociedades no occidentales, como cada país europeo importante lo ha hecho y como Estados Unidos empieza a hacerlo, y asegurar la asimilación en la cultura occidental de los inmigrantes que son admitidos. También significa que en el mundo de la posguerra fría, la OTAN es la organización de seguridad de la civilización occidental y que su principal objetivo es defender y preservar esa civilización. Por lo tanto, los estados que son occidentales en su historia, religión y cultura, deberían, si lo desean, ser capaces de integrarse a la OTAN. Hablando de manera práctica, la pertenencia a la OTAN debería estar abierta a los estados "bisagras", los estados bálticos, Slovenia y Croacia, pero no a países que han sido históricamente y primariamente musulmanes u ortodoxos. Mientras que el debate reciente se ha centrado por completo en la expansión más que en la contracción de la OTAN, también es necesario reconocer que como la misión de este organismo cambia, los vínculos turcos y griegos con la OTAN se debilitarán y su pertenencia podría concluir o volverse insignificante. El retiro de la OTAN es el objetivo declarado del Partido del Bienestar en Turquía, y Grecia se está convirtiendo mucho más en un aliado de Rusia que en un miembro de la OTAN.

El Occidente atravesó una fase europea de desarrollo y expansión que duró varios siglos y una fase norteamericana que ha dominado este siglo. Si América del Norte y Europa

renuevan su vida moral, construyen su comunidad cultural y desarrollan formas más estrechas de integración política y económica para suplir su colaboración de seguridad en la OTAN, podrían generar una tercera fase euroamericana de afluencia occidental e influencia política. La significativa integración política contrarrestaría en alguna medida el relativo declive de la participación de Occidente en los pueblos del mundo, en los productos económicos y en las capacidades militares, y podría revivir el poder de Occidente a los ojos de los líderes de otras civilizaciones. La principal responsabilidad de los líderes occidentales no es intentar remodelar otras civilizaciones a la imagen de Occidente --lo cual está cada vez más lejos de su capacidad-- sino preservar y renovar las cualidades únicas de la civilización occidental. Esa responsabilidad recae abrumadoramente en el país occidental más poderoso, Estados Unidos. Ni globalismo ni aislamiento, tampoco multilateralismo ni unilateralismo servirán mejor a los intereses norteamericanos. Sus intereses serán alcanzados más efectivamente si Estados Unidos evita esos extremos y si en su lugar adopta una política más atlántica de estrecha cooperación con sus socios europeos, la cual protegerá y promoverá los intereses, valores y cultura de la preciosa y única civilización que comparten.